

Los sectores medios del reparto agrario

Gerardo Necochea

José Alfredo Castellanos Suárez, *Empeño por una expectativa agraria: experiencia ejidal en el Municipio de Acolman, 1915-1940*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana/Universidad Autónoma de Chapinigo, 1998. (Premio Salvador Azuela 1997.)

Castellanos Suárez añade un título más a una ya abultada bibliografía preocupada por el reparto agrario en los años posrevolucionarios. El autor propone que su estudio, circunscrito a un municipio, se distingue de otros gracias a que fija la atención en los actores locales involucrados. Su propósito es entender las acciones de los gestores de las solicitudes de tierras con relación a los intereses personales y de clase derivados de la estructura social campesina. Este enfoque local y clasista, en su opinión, es novedoso. Lo novedoso e importante del estudio, en opinión de quien escribe esta reseña, no reside en el enfoque sino en que atina a ampliar un campo poco explorado por estudios del reparto agrario: la experiencia contradictoria de los agraristas.

La obra, acorde con la intención del autor, señala a los individuos que ponen en marcha los trámites agrarios. Detalla con minucia progresos y retrocesos de las solicitudes a lo largo de más de dos décadas. Su análisis lo lleva a concluir que son los sectores medios en la comunidad campesina —el estrato semiproletario del campesinado— quienes inician y dirigen la lucha por obtener dotaciones ejidales. Encabezan en esa lucha a los campesinos po-

bres —sin tierra, jornaleros— y se enfrentan a las élites locales y hacendados. El buen logro de su propósito dependió de establecer una alianza con el gobierno federal para entonces sobreponerse a autoridades locales y estatales. A cambio, crearon organizaciones subordinadas al gobierno federal y perdieron la autonomía de que antes, como pueblo, gozaban.

En el Acolman prerrevolucionario unas pocas personas habían concentrado la mayor porción de la tierra. No hubo brotes de descontento campesino antes de 1914, sin embargo, debido al férreo control político de las élites terratenientes locales. Aunque ese control decayó con la llegada de los ejércitos revolucionarios, las divisiones entre los mandos zapatistas y villistas inhibieron la aparición de demandas por la tierra entre la población del lugar. Fue hasta 1916 que surgieron gestores agrarios para pedir restitución de tierras acogiendo a la ley agraria carrancista. La intención de estos autoproclamados líderes agrarios era agrandar sus propias posesiones. Desistieron de su empresa al ver que no sólo no obtenían las tierras sino que lograban mayor beneficio económico aliándose a los hacendados y promoviendo trabas a las solicitudes de reparto. Apareció entonces un segundo grupo de individuos, también del campesinado medio, que presionó para obtener respuestas a las solicitudes de tierras. A principios de la década de 1920 estos últimos líderes encontraron el favor del poder federal, y gracias a ello remontaron la oposición de los poderes locales y estatales. Si bien en ese momento supieron aprovechar la pugna coyuntural

entre estos distintos niveles de poder, posteriormente fracasaron en su búsqueda de poder político directo. Al final de la década y durante la siguiente recibieron la factura por el apoyo recibido: subordinación a la naciente burocracia agraria. El pago no fue por partes iguales: quienes fungieron como líderes se convirtieron en intermediarios políticos, obteniendo beneficios y privilegios inherentes al clientelismo político.

Al final del periodo estudiado, el problema de la distribución y posesión de la tierra fue desplazado por el de la administración y dirección del ejido. Además, el reparto no resolvió el problema agrario, ya que no todas las tierras adquiridas eran de buena calidad y los ejidatarios se vieron forzados a buscar fuentes complementarias de ingresos. Las haciendas, al mismo tiempo, dejaron de emplear mano de obra numerosa debido a que disminuyó su extensión y no lograron transformarse en empresas agrarias. Finalmente, las posibilidades de movilización agrarista fueron desactivadas una vez instalados los mecanismos burocráticos para obtener tierras, competencia exclusiva de los líderes ejidales. La expectativa agrarista descendió entonces a los sótanos de oficinas gubernamentales.

La tesis de Castellanos sobre el papel jugado por los sectores medios campesinos no es enteramente novedosa. Tanto los estudios de rebeliones campesinas como del levantamiento armado de 1910 han demostrado que los líderes de estos movimientos pertenecían a las capas medias campesinas. Esos estudios han demostrado también la intrincada red de relaciones sociales

que ligan a los estratos del campesinado, y que de hecho crean una interdependencia entre ellos. Este segundo asunto es importante porque apunta hacia dos fallas sustanciales en el libro.

La primera falla tiene que ver con un supuesto conceptual. Castellanos remite acciones individuales a una explicación en términos de intereses de clase. Ya hablar de clase entre campesinos es de por sí incierto. Pero es inaceptable suponer la correspondencia automática entre acciones individuales e intereses de clase. Castellanos, además, enuncia pero no aborda esta explicación. En este sentido, el lector no tiene más opción que aceptar o rechazar el presupuesto del autor.

El asunto podría ser indiferente si no fuera porque individuos que provenían del mismo estrato —o clase— actuaron de maneras opuestas. La exposición del autor no ayuda a comprender el porqué de esta situación. La descripción sigue con minucioso detalle los caminos de los trámites. Además, el recurso a la descripción año con año hace que este seguimiento se corte para proseguir páginas después y con frecuencia se pierde en detalles que no van a ningún lado. El estudio, en cambio, carece

de profundidad por lo que toca a los actores centrales. Castellanos los ubica escuetamente en relación con sus actividades económicas y, no en todos los casos, su participación en puestos públicos. Pero para ligar sus acciones individuales a intereses de grupo habría que detallar las redes de relaciones sociales que los acercan o alejan de los otros estratos rurales, incluyendo en un extremo a los hacendados y en el opuesto a los campesinos pobres y jornaleros. Los planteamientos de Castellanos carecen de esta densidad histórica, de manera que parece como si los actores, siguiendo la racionalidad económica del máximo beneficio por el mínimo esfuerzo, terminaran o bien aliados a los hacendados o bien al gobierno federal. Es posible pensar, sin embargo y en especial para el segundo grupo de gestores, que el fin de la historia no es igual a la finalidad perseguida por los sujetos históricos.

Aquí cabe reflexionar brevemente sobre el uso que el autor hace de la historia oral. Recurre a ella, durante la exposición, para ilustrar lo que puede afirmar basado en otras fuentes o para suministrar información que no existe en otro registro. Sorprende entonces que no usara la fuente oral para explorar las

complejas redes de relación que sostienen la convivencia en comunidades rurales, similar a lo que Friedrich hizo para el pueblo de Naranja. Las historias orales podrían haberlo llevado también a reflexionar sobre la experiencia del proceso vivido por los pobladores.

Y es precisamente en términos de esa experiencia que hay que subrayar la importancia del libro de Castellanos. El libro, por encima de sus debilidades, tiene el acierto de mostrar cómo ese sector medio podía encaminarse en direcciones opuestas. Unos fomentaron la lentitud y frenaron el reparto agrario, otros persistieron y efectivamente lograron la formación de ejidos. Las opciones posibles, la percepción de ellas y la decisión por una u otra, revelan tensiones importantes dentro de la comunidad agraria y específicamente dentro de ese sector medio. El libro pone en el centro de la discusión sobre el reparto agrario la tensión entre soluciones individuales y soluciones colectivas. Comprender esa tensión implica estudiar —además de las coyunturas políticas y económicas— el peso de las relaciones sociales, el bagaje cultural y las expectativas respecto de la propiedad de la tierra.

De formas, mentalidades y contenidos

Rebeca Monroy

Patricia Massé Zendejas, *Cruces y Campa. Una experiencia mexicana del retrato tarjeta de visita*, México, Círculo de Arte, Conaculta, 2000, 32 pp., fotografías.

Cuando André Adolphe Eugène Disdéri creó las fotografías de tarjeta de visita sí pretendía su comercialización masiva y sí deseaba que el invento circulara por todo el mundo dada la posibilidad de multirreproducir las imágenes con bajos costos.

Al permitir la fácil adquisición tanto de los rancios aristócratas como de los recién estrenados burgueses, deseosos de verse y saberse, se convirtió en la fórmula por excelencia para la realización de retratos. Así, la bisabuela de las fotos de ovalito